

El ciervo

Padre Pedrojosé Ynaraja

Se trata de un animal simpático a simple vista. Un animal limpio y ágil. Cumple las normas legales para considerarse animal apto para el consumo humano. Era uno de los manjares exquisitos en la mesa de Salomón, cuando lucía imperio. Su alimentación, exclusivamente vegetal y su movimiento saltarín, suscita sentimientos atractivos. El macho luce asombrosos cuernos, casi nunca la hembra, dependiendo esto último de la familia a la que pertenecen.

Cuando uno va a Tierra Santa lo primero que le sorprende es que llamándose al territorio "el creciente fértil" aparezca donde pisa y su horizonte, casi totalmente seco y arenoso. No saben dar razón segura los estudiosos. Algo semejante es el pensar que en tiempos bíblicos nuestro animal abundaba por los bosques, pero así consta. Por aquello de que era alimento imperial me ilusionó un día comer un embutido elaborado con su carne. Creo que fue mayor la ilusión que el sabor. Entre nosotros, como en Israel, se conserva en semilibertad en parques protegidos. Y respecto a la timidez que se le atribuye, cambia la opinión, cuando se ve la lucha de dos machos, en tiempo de celo. Los cuernos son macizos y los golpes propios de toros de Miura. Soltaron por montañas pirenaicas ejemplares para que poblaran aquellos prados. Un solo ejemplar se supo que permaneciera y que se dejaba ver. Era el atractivo de la comarca y de los viajeros que se paraban para fotografiarse junto a él. Todo fue de primera, hasta que llegó la época de celo y embistió a algunas personas. Alguien se preocupó de que desapareciese, pero nadie se enfadó, ni cambió de opinión.

Este animal de ensueño, más que de alimento, para los enamorados del Cantar, es mencionado en dos ocasiones, a pares iguales.

En 2,7 y en 3,5 dice complaciente, delicado y cariñoso él: "ijúrenme, hijas de Jerusalén, por las gacelas y las ciervas del campo, que no despertarán ni desvelarán a mi amor, hasta que ella quiera!".

En 4,5 y 7,4 "Tus pechos son como dos ciervos jóvenes, mellizos de una gacela, que pastan entre los lirios".

Imágenes bucólicas ambas y sensuales. El que como sacerdote latino me haya comprometido libremente al celibato y le sea fiel, no me exime de sentir admiración por el encanto femenino. Desde este supuesto apunto alguna idea, muy pocas, ya que si escribiera todo lo que pienso a alguno le podría parecer que no soy fiel a mi vocación. A uno le toca, sin buscarlo, en revistas o imágenes televisivas, ver lo que atrae a muchos. También en discretos y confiados comentarios, hemos tratado la cuestión. Exuberantes y voluminosos pechos para complacer las miradas morbosas de muchos. Anuncios de implantes de silicona u otros ingenios. Esta es la realidad cotidiana, tan extendida, que llega a provocar complejos en preciosas mujeres que no los poseen. Como la Biblia no es un tratado de belleza, acudo al testimonio de

los grandes artistas, pintores y escultores. Ni la Venus de Milo, ni las obras de Velazquez, Botticelli, Llimona o Clará, plasmaron cuerpos semejantes a los que encandilan peligrosamente a chiquillas de hoy (ignoro expresamente la estética de Botero, Picasso y Rubens, entre otros).

El Cantar, además de lenguaje revelado, es eróticamente encantador, para nada pornográfico u obsceno, que lo entienda quien lea con mirada limpia.